

# LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 34 **SALVADO POR SU CABALLO** 15 cts.



*... contemplaba sonriendo sus desesperados esfuerzos para librarse...*

# SALVADO POR SU CABALLO

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Cinesa», Vía Layetana, 53. - Barcelona)

## I

Hasta ya mucho tiempo que no iban bien las cosas en el rancho del viejo hacendado Leo Baltimore.

Sus numerosos servidores, gente moza y de carácter arrebatado y fogoso, como suelen ser todos los hijos del Oeste, era cada día más holgazana, pendenciera y desobediente.

Por un quítame allá esas pajas, por el motivo más fútil, se liaban aquellos rudos hombres a puñetazo limpio, y ya en dos ocasiones y en el breve intervalo de tres meses, los refidores *cow-boys* habían empuñado los revólveres con esa codicia de matar peculiar de la especie humana cuando se le sube la sangre a la cabeza.

Consecuentemente, el *sherif* de la comarca se había visto obligado a intervenir en aquellos sucesos.

El propietario del rancho, cada día más preocupado y mohino, viendo que sus negocios en lugar de aumentar y prosperar, decrecían, buscaba ansiosamente un remedio a tan anómalo estado de cosas.

Porque si persistía mucho tiempo más, agravándose, por supuesto, como todo mal que no se cura, su

sancado y crecido caudal habría sufrido una merma alarmante.

Alarmante, repetimos, dada la manera de ser del propietario Baltimore, y que él no podía enmendar, porque en este mundo cada cual es esclavo de la cadena de vicios, defectos y pasiones a que se halla unido, y en la cadena de nuestro ranchero el eslabón de la codicia era el mejor remachado de todos.

No podía remediarlo; amaba el dinero, lo amaba con delirio, casi tanto como a su única hija, la linda y graciosa Mercedes, bella como un lucero, que ni siquiera sospechaba la inmensa riqueza de que algún día sería dueña.

Por eso se consumía de rabia el avaricioso personaje cada vez que sorprendía en una jarana a sus servidores, y no trabajando como negros.

Entonces una especie de locura se apoderaba de él, y solía increparles con los vocablos más duros.

Por lo regular al torrente de insultos y maldiciones que salía de su boca, ponía como colofón las siguientes palabras.

— ¡Y desde este momento quedáis despedidos! ¡No quiero haraganes

que me roben como vosotros; no quiero sanguijuelas que me chupen la sangre y me dejen en la miseria!

Milagrosamente estas escenas no habían tenido nunca un final sangriento porque aquellos rudos y fornidos mozos, a pesar de su carácter casi salvaje, pensaron que los insultaba un débil viejo, cuyo servicio abandonaban desde aquel instante.

Pero «tanto va el cántaro a la fuente que al fin se rompe», asegura un sabio refrán popular.

Y el día mismo en que comienza el relato de nuestra pequeña y auténtica historia, un *cow-boy*, no pudiendo permanecer con las manos quietas oyendo los insultos, en exceso violentos para la leve culpa en que incurriera, asestó a Baltimore una buena tanda de puñetazos.

Como se comprende, el viejo ranchero no pudo soportar tan fuerte vapuleo sin perder el equilibrio, rodando por el suelo como una pelota y en completo estado inconsciente, o sea *k. o.*, como se dice en boccio.

Acedió Mercedes y cuando vió al autor de sus días en aquel estado de perfecto durmiente, se dijo para sus adentros:

— ¡Ya ha ocurrido lo que yo me temía, lo que tenía que ocurrir más tarde o más temprano!

Afortunadamente, el hecho no tuvo otras consecuencias que las ya apuntadas, o sea un ligero y fugaz desmayo.

Pero la lección recibida sirvió al irascible hacendado de provechosa lección y sano escarmiento, pues decidió no inmiscuirse en lo sucesivo, de una manera directa, en lo que hacían o dejaban de hacer sus numerosos servidores.

— ¡Ya encontraré yo quien meta en cintura a ese halo de granujas y

muertos de hambre! — declaró a su hija.

Esta, que sabía hacerse cargo de las cosas, replicó que aquellos hombres desempeñaban una tarea tan pesada como ingrata y era preciso dispensarles si alguna vez no se les hallaba al pie del cañón, es decir, trabajando hasta reventar.

— ¡Tú eres un ángel — replicó su padre con voz áspera —, y no entiendes de estas cosas, hija mía! En la vida hay que ser duro e inexorable, si se quiere conservar la plata que uno ha reunido a costa de esfuerzos y sacrificios, y aumentarla... ¡Con esos pelones huelga la piedad y no merecen consideración alguna, pues si pudiesen me dejarían sin camisa, en la más negra miseria!...

Y ahogando un profundo suspiro, añadió:

— ¡Sabes cuántas cabezas de ganado han desaparecido de mis rebaños, o de mis establos, o de mis campos, desde que falleció, hace dos años, mi fiel y leal Juan el Lanudo, mi inolvidable capataz y, al mismo tiempo, el mejor y el único amigo que he tenido en mi vida?

Encogiose de hombros la lozana y bondadosa criatura, respondiendo con dulce voz:

— ¡No, no, padre mío! ¿Cómo he de saberlo si nunca, hasta hoy, me ha hablado usted de estas cosas?

— ¡Verdad es! Pues bien, vas a quedarte pasmada cuando te diga la riqueza que se me ha eclipsado de un modo tan infame como misterioso. En dos años he perdido sesenta y dos potros, catorce vacas, diecinueve terneros y noventa y ocho ovejas y carneros. ¡Ah! ¡Un tesoro! ¡Un fantástico tesoro!

Y el avaro oprimió la cabeza con ambas manos como si el recor-



dar y pensar en la tal pérdida, lo enloqueciera o poco menos.

Su hija, que conocía que la codicia era el atributo esencial del carácter de su padre, observó:

— ¡No se desespera usted, padre mío, pues aun le quedan cuatro veces más polros y terneros y ovejas que los desaparecidos y...!

— ¡Cállate, Mercedes! — exclamó furioso el rancharo—. ¡Buen consuelo el tuyo, por Júpiter! Si un infame me corta un dedo de la mano, ¿me consolaré porque la otra esté intacta y con cuatro dedos todavía la mutilada?

— No es lo mismo... — murmuró la dulce joven, que sentía hacia el apurador de sus días una acendrada ternura—. Pero, en fin, si siente usted esa pérdida porque yo soy quien algún día — ¡quiera el cielo que ese día tarde muchísimos años! — he-



... quedose mirando fijamente en la dirección indicada...

de ser su heredera, le aseguro que no soy ambiciosa...

— ¡Soy menos rico de lo que la gente asegura!...

— ¡Yo no quiero su riqueza..., sino su sosiego, su salud, verlo alegre y tranquilo!

— ¡Como tener salud y vivir tran-

quilo, teniendo en el rancho una pandilla de gandules y bribones? ¡Si me descuidase, me quitarían hasta el aliento! ¡Necesito un digno sucesor de Juan el Llanudo! ¡Es decir, un capataz dispuesto a defender con su propia vida, como él hizo, mis escasos bienes!...

Un gesto de horror descompuso las bellísimas facciones de la bondadosa e ingenua criatura.

En aquel momento surgió, en la galería pictórica de su memoria, el recuerdo del antiguo y fiel capataz, un *cow-boy* en quien los años no restaron un ápice del fuego, la bravura y el coraje en que estaba bañado.

Mercedes había presenciado la trágica escena en que el fino servidor perdió la vida, logueándose, él solo, con un grupo de siniestros aventureros que cierto atardecer otodal presentóse pretendiendo saquearlo.

En aquel episodio, Juan el Llanudo perdió la vida; pero también quedaron tendidos en el suelo cuatro bandidos, mientras los demás huían, presa de un pánico indecible, pues jamás hubieran imaginado que un solo hombre, ya viejo, frustrara la criminal proeza que maquinaban.

— ¡Haya el cielo! — murmuró con acento conmovido la piadosa criatura—, que no tenga un fin tan horrible el suceso del heroico y abnegado Juan!

— ¡Y yo no deseo otra cosa, hija mía! Por lo demás, el hecho de que aquel leal servidor se portó con una bravura de león, y me salvó a mí de la ruina y quizás de la muerte, y a ti Dios sabe de qué horrores, no creo que se repita jamás!...

«El *sherif* que tenemos hoy ha limpiado de bandidos la comarca...

aborcando sin piedad a cuantos han caído en sus manos, para aviso y escarmiento de los demás...

«Dentro de unos días, Mercedes, llegará al rancho el hombre que ha de ejercer el cargo de capataz...

«Es... un valiente... un mozo de unos veinticinco años... y me han asegurado las varias personas que de él me han suministrado informes, que se haría temer, obedecer y respetar aunque en vez de vaqueros y gañanos, tuviese a sus órdenes una legión de diablos...

«Es un *cow-boy*... un ser de humilde condición y por lo tanto voy a hacerte varias advertencias... ¡Escúchame atentamente, hija mía!

«Al nuevo capataz de nuestro rancho le concederé yo toda la confianza y el aprecio del mundo... pero

tú... tú... serás para él... serás para él... no sé cómo decirlo... para que me entiendas...

—¡La confiendo a usted sin que lo diga!—intervino Mercedes—. Usted desea que yo me muestre fría, severa, casi orgullosa, como una señora para con su criado...

—¡Exactamente, hija mía! En pocas palabras has traducido con exactitud lo que yo no acostaba a decirte!—declaró el avaricioso ranchero sonriendo—. ¿Entonces, pues, de acuerdo? ¿Me obedecerás ciegamente?

—¡Lo obedeceré!

—¡Eres la mejor de las hijas! Un tesoro de bondad y virtud... ¡mil rayos! ¿qué hombre va a ser digno de ti bajo el cielo del Oeste?

## II

En esta conversación queda trazado un retrato moral del rico Leo Ballimore. Para que este retrato fuese completo, habríamos de darle unas cuantas pinceladas más; pero las consideramos innecesarias, dada la brevedad que ha de tener nuestra historia.

Dejemos transcurrir quince días, y que el arrogante y valeroso Conrado Clayton, impuesto de la misión que desempeña recorra el inmenso rancho, jinele de un soberbio caballo de su propiedad, con el lazo arrojado al brazo, en cuyo manejo difícilmente se le hallaría un rival.

Habiendo recibido aquella mañana una carta el padre de Mercedes, enviada por un tratante de ganados al que en diferentes ocasiones ya le vendiera varias puntas de ganado, citándolo, para concluir el trato, en el har *Los Delicias* del cercano poblado, el ranchero ordenó a su capataz que se entrevistara con aquél.

—¡Cuidado con dejarle engañar, querido Clayton, pues ese tratante es más astuto el solo que toda una tribu de gitanos!

«Aquí en este papel te entrego los precios. Apréndetelos de memoria por el camino... y ¡hasta la vista!

El arrogante *cow-boy* emprendió el viaje, y luego de hacer una pe-

queña excursión por los dominios de cuya prosperidad estaba encargado, al trote de su magnífico caballo llegó hasta el mencionado bar.

Apenas lo separaban unos metros de aquel establecimiento cuando detuvo su cabalgadura, extrañado de la inesperada escena que ante su vista se desarrollaba.

Varios sujetos estaban propinco a una regular paliza a cierto individuo, y tanto éste como los otros le eran a nuestro viajero perfectamente desconocidos.

Sin embargo, en cuanto vieron a Clayton, pareció extinguirse en aquéllos el furor de que aparentaban hallarse poseídos, siquiera se cruzaron entre ellos todavía furibundas amenazas.

Nuestro *con-boy* era demasiado listo para no comprender que aquellos gestos, aquellos golpes y aquellos gestos truculentos eran una pura farsa.

¿Pero representaban ésta con el fin de engañarle a él?

En tal caso, ¿qué móvil podía impulsar a tan despreciables histriones?

Fingiéndose creer verdad la comedia que contemplara unos instantes, Clayton, erguido en la silla, gritó:

— ¡Alto! ¡Alto! ¡O por quien soy que los atrapo a todos ustedes en el lazo!

Y, en efecto, a sus palabras acompañó el ademán de cumplirlo.

Inseg apesee del caballo, y entonces el sujeto que llevara la peor parte en la contienda, le dijo:

— ¿Es usted el capataz del rancho Ballimoreo?

— ¡Yo soy!

— ¡Entonces, vameos a entender-

nos en seguida, pues estaba esperando a usted!

— ¡También lo esperamos nosotros! — declararon a coro los otros tres sujetos.

Clayton pasó una mirada entre severa y burlona sobre sus interlocutores, exclamando:

— ¡Por Júpiter! ¡He aquí un recibimiento que jamás habría yo imaginado! ¿Conque me esperaban? ¿Y quiénes son ustedes?

— Yo — dijo el individuo aporreado — soy un amigo del tratante Glover, apodado *el Gato*. No siéndole a él posible acudir a la cita que en una carta le diera al amo de usted, ni arreglar el asunto que llevaban ambos entre manos, me encargó a mí que tratase con él.

«Pero estos individuos, por lo visto enterados de la cosa, vinieron aquí con iguales motivos y pretensiones que yo...»

«Discutiendo quién tenía mejor y más derecho, hemos salido a la calle y llegado a las manos...»

«¡Tres hombres contra uno suelen salir siempre vencedores, sobre todo si el que lucha solo se ha olvidado de ponerse el revólver al cinto! ¿No le parece a usted?

— ¡Yo no puedo opinar a este respecto! — repuso Clayton —. ¡Ni tampoco es necesario que omita mi parecer!

«En cambio, me interesa cumplir la misión que aquí me ha traído.

— ¿Con quién? — preguntó uno de los fingidos adversarios del compadre del *Gato*.

— Con este hombre! — declaró nuestro *con-boy*.

— Esa preferencia es algo humillante y se arrepentirá usted de haberla tenido! — observó otro de los supuestos rivales.

Franció el ceño nuestro *con-boy*,



y asiendo una amenazadora mirada al que de aquel modo le hablaba, tan contraria a la indomable bravura de su carácter, avanzó unos pasos hacia él, preguntando:

—¿Qué significan estas palabras? ¿Un reto? ¿Una amenaza?

—Ni una cosa ni otra, amigo!— se apresuró a contestar el interrogado—. Significan una advertencia, encierran el consejo de que tenga usted mucho cuidado en no dejarse engañar por ese individuo...

Encogióse de hombros, sonriendo despreciativamente, el valeroso Clayton, declarando a continuación:

—¡No puedo malgastar el tiempo empleando un solo minuto más en tan inútil palabrería!

Luego, haciendo una seña al compadre del *Gato*, cogió su caballo de la brida, acercándose a la puerta del *bar*.

Unos momentos después se hallaba sentado frente a aquél en torno de un velador sobre el cual había dos grandes jarras de cerveza negra.

—Si le conviene a usted el asunto que habían de discutir y tratar mi amo y el tratante Glócer, he aquí las condiciones, que no modificaré en un solo ápice.

A continuación expuso los precios a los cuales tenía que ajustarse la cuenta del ganado.

No regaló lo más mínimo el comprador; por el contrario, los encontró convenientes, y después dijo:

—¡La entrega del dinero, o sean los cinco mil dólares, tendrá lugar mañana a esta hora, en este mismo establecimiento! ¿Acepta usted?

—¡Desde luego! Pero le advierto que no saldrá del rancho un solo animal sin que antes toquen mis manos el dinero!

—¡Ni yo pretendo lo contrario!— declaró el comprador—. Sin embargo, podría hacerse una cosa, que estimo estrictamente justa.

—¡Si lo es de veras, accederé a ella!

—El negocio es el negocio, y nadie puede exigir más confianza de la que otorga. Así, por ejemplo, usted quiere recibir el dinero antes de soltar el ganado vendido... ¡Yo podría pretender la salida del ganado del rancho antes que los billetes de mi cartera!

—¡En tal caso, no habría trato!

—¡Transijamos los dos!

—¿Que quiere usted decir?

—Lo siguiente. Como este poblado está en la ruta que ha de recorrer el ganado, condúscalo aquí, y una vez yo le entregue a usted los cinco mil dólares, usted ordenará que la expedición continúe la marcha.

—¿Encuentra usted a ello algún inconveniente?

—¡Ninguno!

—Lo celebro. ¿Por qué? ¡Sencillamente porque accediendo a mi proposición, me da tiempo de embarcar los animales en el puerto de San Francisco y en cierto barco cuyo capitán es muy amigo mío!

—¿Ahora quiere usted alguna cantidad a cuenta?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Quinientos dólares.

El comprador sacóse una abultada cartera y extrayendo de ella cinco billetes de a cien dólares cada uno, los puso en las manos del capataz de Baltimore.

—¡Trato hecho! ¡Bebamos!— propuso el tratante amigo del *Gato* empujando un recipiente de cerveza.

Hizo igual Clayton con el suyo,



Una sarcástica e irónica sonrisa asoma a los labios del cow-boy.

galopar, de volver grupas y regresar al bar *Los Delicias*, la sorpresa que habría recibido habría sido mucho mayor que cuando se presentó la primera vez.

Porque hubiese sorprendido a los cuatro sujetos hablando ruidosa y jubilosamente. Y si hubiera podido oír lo que hablaban, a buen seguro que la animada y alegre tertulia habría sido esterbada de una manera peligrosa para la pandilla que la componían.

Refiramos exactamente el diálogo que aquellos cuatro sujetos cruzaban.

Apenas se hubo marchado Clayton, el compañero del Gato, que había salido a la puerta a despedirlo, penetrando de nuevo en el bar, gritó con voz estentórea:

y ambos vaciaron su contenido de un trago.

Pocos minutos después, el arrogante capataz partía al galope de su veloz caballo.

Al salir del establecimiento pasó en todas direcciones una escudriñadora mirada, pero no vió a ninguno de los rivales del hombre con quien acababa de cerrar trato.

### III

Pero si se le hubiera ocurrido la idea, al cabo de unos minutos de



... en lo más ennegrecido de la refrega...

Interpretado

por el

famoso raba-

lista y astro

de la

pantalla

Buddy

Roosevelt

— ¡Hola! ¡Aquí, amigos!

A estas palabras salieron de tras una cortina lateral sus tres sendos adversarios. Y aquí, contemplándose con expresión triunfante exclamó:

— ¿Qué te parece? ¿Habéis oído?

Asintieron aquéllos con un gesto de cabeza, y uno añadió:

— ¡Eres más grande que Lincoln! ¡Eres el tuno más grande del orbe!

— ¡Qué golpe más soberbio! — a él a decir.

— ¡Y sin riesgo alguno! — exclamó el tercero de los gallofos.

— ¡Naturalmente! — El *aviso* Baltimore va a sufrir una merma en sus rebatos como si los hubiera atacado una epidemia.

— ¿Os habéis fijado



abrió ampliamente sus potentes y robustos brazos para acogerla en ellos...

bien en el incauto barbián que acaba de largarse, verdad?

— ¡Ya lo creo! ¡No se nos olvidará tan fácilmente jamás!

— Parece un mozo bien lamplado! — arguyó el fingido tratante de ganado. — ¡Os lo advierto porque... porque pudiera daros más trabajo del que imagináis!

— ¡No opino yo lo mismo, Matalicantes!

— ¡Repito que ese mozo es de armas tomar, que es un hombre de pelo en pecho! — declaró éste con acento convencido y sentencioso.



... mostró al todo el mundo con la armadura.



«Conozco yo muy bien a las personas con solo verlas, y la cara de nuestro compadrito revela fereza y energía...

—¡No te contradigo; pero como lo pillaremos descuidado, no tendrá más remedio que soltar los cinco mil dólares y largarse con las orejas agachadas!...

—En eso confío; en que lo ataquéis en el *Bosco del Fantasma*, sin que él tenga tiempo de defenderse. Respecto a dejarlo marchar, eso no me parece ni pizca de prudente. Al contrario; yo creo que debéis atarlo fuertemente a un árbol del cercano bosque, y donde tenga que permanecer unas horas antes de que pueda libertarse de sus ligaduras.

«De este modo tendré yo tiempo suficiente para conducir el ganado veinte millas... al sitio que ya conocía...

Esta breve conversación nos aborreció la descripción que unos personajes tan peligrosos requirieron, pues como ya habrán comprendido nuestros lectores formaban parte de una compacta cuadrilla de facinerosos que a las órdenes de *Matacalientes*, comenzaba a operar en aquella comarca del Oeste.

*El Gato* no era ajeno a la fechoría que maquinaban, pues era él precisamente quien les había proporcionado aquel trabajo.

El robo de ganado y el saqueo de los ranchos más ricos y prósperos de la vasta región en que se hallaba situada el rancho de Baltimore constituirían la principal y execrable tarea de aquel hato de aventureros.

*Matacalientes* puso fin a la reunión con las siguientes palabras:

—¡Ahora cada cual a por su camino y a esperar el día de mañana! ¡No conviene que se nos vea juntos en sitio alguno del poblado, exceptuando este *bar*, cuyo dueño es un antiguo y leal amigo mío!

—¿Quién te proporcionará los cinco mil dólares que habrás de entregar mañana al incauto capataz de Baltimore?

—¿Quién ha de ser? ¡*El Gato*!

—Ese compadre es más rico que Pierpont Morgan! —comentó uno de los forajidos.

—Y más que Al. Capone! —añadió otro.

Los semblantes de los cuatro gallofos expresaban una repugnante codicia y, al mismo tiempo, los siniestros pensamientos que la idea de la riqueza de que suponían dueño al *Gato* hacía brotar en sus cerebros.

Pronunciadas sus últimas palabras, el jefe de aquella reducida asamblea de malsinos se puso en pie, y sin añadir ya nada más, abandonó el *bar*.

Lo mismo hicieron sus cómplices,

#### IV

Nosotros nos separaremos de ellos para volver junto a Clayton.

Había ya regresado al rancho, y la casualidad le deparó, apenas en-

tró en él la primera ocasión de demostrar la potencia y dureza de sus puños.

Como ya hemos dicho, dividían a

los *coco-boys* que prestaban servicio en aquella fina antipalms y enemistades que degeneraban con frecuencia en trifulcas.

Clayton llegó precisamente en el instante en que dos de aquellos ariscos y fornidos mozos iniciaban un altercado increpándose o insultándose con potentes gritos:

— ¡A ti—dijo uno de los contendientes—te cortará el resuello nuestro nuevo capataz!

— ¡A mí, cobardón — replicó el otro—, no hay hombre que me asuste ni menos que me levante la mano! En cuanto a nuestro capataz... tengo ganas de cantarle las verdades del barquero!

Una voz bien distinta de la que esperaba oír el jactancioso individuo que así hablaba, dijo:

— ¡Pues ya puedes empezar porque deseo oír la voz que tienes!

Todos volvieron la cabeza, dividiendo a pocos pases la poderosa y atlética figura de Clayton.

Este se acercó al grupo de *coco-boys*, en cuyo centro se hallaban los dos contendientes, y añadió con acento burlesco:

— ¡Hola! ¡Ya no te atreves a cantar las verdades del barquero! Así, pues, eres tú de la índole de esos habladores que atuecan la voz para vomitar bravuconerías cuando no puede oírlos el que quizás las castiga.

Herido en su amor propio el otro replicó:

— Yo hablo lo mismo delante que detrás de las personas a quienes destesto!

— ¡Y me destestas a mí?

— ¡Sí!

— Muy bien; por lo menos eres un hombre franco y me parece que llegaríamos a un acuerdo... Ahora, confiesa por qué me tienes inquina...

— ¡Por qué? ¡Por qué? ¡Mil rayos! ¡Fácil es adivinarlo! Yo te aborrezco porque nos quieres hacer trabajar como negros... y te advierto que no soy yo solo, sino muchos, los que quisieran verte hecho polvo...

— Me gustaría conocer a esos enemigos. ¿Quiénes son? ¿Están aquí?

— ¡Algunos, sí!

— Que se separen de los demás—ordenó Clayton con voz imperiosa y colérica—. ¡Punto! Si no son unos cobardes y unos hijos de perro, que declaren en voz alta y clara el odio que sientan hacia mí...

«¡Ninguno se mueve! ¡Por lo tanto, has mentado como un canalla, como un granuja! — vociferó Clayton.

Entonces su interlocutor gritó:

— ¡Ya te los indicaré yo! ¡Ese te aborrece! — y extendió la mano hacia un compañero de trabajo—. ¡Y me también! Y aquel...

Encarándose con los tres individuos indicados, les preguntó el fiero Clayton:

— ¿Miente este hombre o dice verdad?

Respondieron aquéllos afirmativamente reuniéndose con su amigo.

— Ahora que estáis juntos, debo decirlos que entre los cuatro no valéis ni esto—y Clayton escupió.

— ¡Vamos a verlo! —aulló el *coco-boy* con el que principalmente el valeroso sostenía tan acrispada disputa.

Al mismo tiempo avanzó hacia Clayton en actitud amenazadora, con el puño levantado.

Pero en el parpadecio de un instante su robusta figura rodaba por el suelo.

El capataz le había asestado un terrible puñetazo en pleno rostro.

Dos de sus compañeros echáronse

encima de Clayton con intención de agredirlo.

Sin embargo, lo único que logró fue agarrarse a él.

Nuestro protagonista golpeó a sus adversarios de un modo tan eficaz y rápido, que en el transcurso de unos instantes tuvo a los cuatro fuera de combate.

Entre los ruidos espectadores de tan inesperada como emocionante lucha se produjo un murmullo de estupor y de admiración.

Ninguno de ellos esperaba un final tan rápido y sobre todo tan rotundamente victorioso para el capataz.

Ninguno de los vencidos, cuando pudieron levantarse del suelo, trató siquiera de agredir a su poderoso enemigo, ni tampoco se atrevió a pronunciar una sola palabra de amenaza.

— ¡Cómo! — exclamó Clayton con ira. — ¿Siendo cuatro contra uno os daís por vencidos, quedándoos con los mamporros que os han repartido mis puños?

— ¡Entonces sois unos pelones sin agallas y tenéis borchata en las venas en lugar de sangre!

— ¡Hato de bellacos! ¿Conque me aborrecéis? ¡Os creó! ¡Os creó! ¡Es natural que unos haraganes y briba-

nes como vosotros sientan odio hacia un hombre tan leal y honrado como yo!

— ¡Sois la mala hierba que yo estoy decidido a arrancar de este rancho!

— ¡Y ahora mismo os vais a largar de aquí con cincuenta diablos!

— ¡Y si alguno de los que me oyen no se siente con fuerzas ni voluntad para trabajar a gusto y a conciencia, que se largue también antes de que tenga una mala ocasión de que lo vaguleen mis puños!

Ninguno de los oyentes hizo ademán de reunirse con los cuatro sujetos, que ya se alejaban, ni pronunció una sola palabra.

Por lo cual, Clayton añadió:

— ¡Que lo ocurrido os sirva de lección, aviso y experiencia! ¡El que no quiera ser un buen amigo mío, un fiel compañero de trabajo, será mi enemigo! ¡Quien no quiera cumplir con su obligación se expondrá a conocer mi enojo!

— ¡Ahora cada cual adonde su obligación lo llame!

Dispersáronse los *cow-boys* en distintas direcciones, la mayoría de ellos satisfechos y contentos de lo que les había ocurrido a sus cuatro camaradas, en quienes sospechában algo afrentoso e indigno.

## V

Después el valiente capataz marchó al encuentro del ranchero Baltimore que, en compañía de su preciosa hija, lo estaba esperando con alguna impaciencia.

— ¿Todo arreglado? — le preguntó.

— Sí.

— ¿Qué te ha parecido el tratante Glócer? ¿Muy francote y campechano, verdad?



—¿No lo ha visto?

—¿Qué dices?

—En el bar me esperaba un amigo suyo...

—¿Hum! — hizo el desconfiado propietario—. ¿Un amigo suyo?

Hizo Clayton un gesto afirmativo y a continuación refirió los hechos que ya conocen nuestros lectores.

\* \* \*

El progenitor de la bella Mercedes lo escuchó con el rostro ensombrecido y preocupado, diciendo por fin:

—¡Me parece todo eso algo extraño! ¡Cuidado, muchacho, no te dejes coger en una ratonera! ¿Cuándo te entregarán el dinero? quinientos.

—¿Cinco mil dólares?

—Sí.

—Magnífica venta! Glocer habría regateado y obtenido una rebaja de quinientos!

—¡Esta cantidad la traigo yo como garantía! — dijo Clayton alargando a su amo los cinco billetes que le entregara *Matavalientes*, y cuyo rostro expresó esa alegría que el dinero produce tan sólo en la especie humana.

—Ciertamente declaró—, lo ocurrido es un tanto raro, pero sin duda mis recelos carecen de fundamento, pues si lo tuvieran el comprador no te habría entregado esta cantidad.

—¡Bien, muchacho! Estoy muy contento de ti. Aquí, con las condiciones de tractar y laboriosidad,

podrás labrarte un brillante porvenir.

—¿Ocurre alguna novedad más?

—Sí.

—¿Cuál?

—¡He despedido a cuatro mozos, a cuatro sinvergüenzas, a cuatro gandules que sembraban entre los demás la cizaña y el descontento!

—¡Y yo apruebo tu conducta! ¿Dónde están esos miserables?

—Esperando que usted les pague sus haberes.

—¡Voy a ver quiénes son!

—¡Cuidado, papá! ¡No les insultes! —aconsejó Mercedes.

—¡Quédate tranquila, hija mía! No los insultaré..., quisiera ahorrarlos... porque durante muchos meses me han robado el pan que comían...

—¡Vaya usted con papá, Clayton —recomendó la joven—, pues temo



*... era una pugna de ferocidad salvaje...*

que no pueda contenerse y le ocurra un percance!

—¡Deseche usted ese temor, señorita! Los hombres con quienes va a entrevistarse están ya mansos como corderos... pues me han obligado a darles una buena lección.

Al día siguiente y a la hora indicada, *Matasolientes* hacía entrega a Clayton de la suma que importaba la venta del ganado, detenido en las cercanías del bar.

Unos minutos después, los *cow-boys* que guiaban los animales emprendían el regreso al rancho, reemplazados en su tarea por hombres del comprador, y Clayton hacía lo mismo, jinete en su magnífico caballo.

\*\*\*

Sin pensar siquiera en la alevosa y traicionera partida que le iban a jugar los cómplices de *Matasolientes*, nuestro viajero vióse sorprendido, en el *Recodo del Fantasma*, por cuatro individuos que le encuchaban sus revólveres.

— ¡Kcha pie a tierra con los brazos en alto, o te acerbillamos a balazos! —ordenó uno de los cuatro atracadores, en quien reconoció el intrépido mozo a uno de los fingidos adversarios del comprador de ganado.

Y, como se comprende, en seguida con fino criterio y agudo entendimiento dedujo quién era el autor del golpe de que se le hacía víctima.

Convencido de que tanto resistir como tratar esta lucha equivaldría a un necio suicidio, saltó de la silla.

Sus enemigos, en menos tiempo del que empleamos en referirlo, le ataron los brazos a lo largo del cuerpo, despojándolo del dinero y el revólver.

Luego le condujeron al interior del cercano bosque, a un árbol del cual, conforme a las instrucciones de *Matasolientes*, lo amarraron fuertemente.

— ¡Aquí te quedarás hasta que los coyotes acudan esta noche a cortar las cuerdas que te inmovilizan con sus afilados dientes! —le dijo uno de los forajidos con acento de mofa, alejándose después con sus compañeros.

\*\*\*

Jamás habrían imaginado éstos, que serían otros dientes mucho más grandes los que libertarian al prisionero, o sea los de su propio caballo, el cual, acudiendo al oír los potentes silbidos con que lo llamaba su amo y que tan conocidos le eran, comenzó en seguida su tarea libertadora.

Aquel mismo día Clayton, antes del anochecer, había recobrado el dinero, administrando a dos de los gallofos una sonora enorme.

Y al siguiente toda la pandilla caía en poder de la justicia.

Uno de los detenidos confesó que

su jefe, o sea *Mataralientes*, tenía proyectado el saqueo del rancho Ballimore y el secuestro de su encantadora hija.

El avaro ranchero encomió la proeza de su capataz, y tantas fue-

ron las que éste llevó a cabo durante dos años, que no tuvo más remedio que entregarle como premio y recompensa su hija, luego que ésta le hubo confesado que se amaban en idolatría.

FIN DE LA PRIMERA SERIE DE «FILMS DEL FAR-WEST»



# LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y  
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vígorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla

## 15 CTS. EL CUADERNO CON NOVELA COMPLETA

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

- |                                |                                 |
|--------------------------------|---------------------------------|
| 1. El huracán de Texas.        | 18. Un novio con buenos pullos. |
| 2. Contra viento y marea.      | 19. Veloz como el rayo.         |
| 3. El valle del misterio.      | 20. Perdido en el desierto.     |
| 4. El rey de los jinetes.      | 21. Los cuatreros.              |
| 5. Los puños de Tom Tyler.     | 22. Tom y su cuadrilla.         |
| 6. Los lobos del Far-West.     | 23. Por defender a una mujer.   |
| 7. La ley del toro.            | 24. El fantasma del rancho.     |
| 8. El culpable.                | 25. De cara a la muerte.        |
| 9. De señorita a vaquera.      | 26. Buscando la revancha.       |
| 10. El Gauchito de la Pradera. | 27. Astucia rural.              |
| 11. Ladrones de ganado.        | 28. Armando gracia.             |
| 12. El valiente.               | 29. A sangre y fuego.           |
| 13. El Pirata del Desierto.    | 30. El secreto de la mina.      |
| 14. El crimen ignorado.        | 31. El valiente de la pradera.  |
| 15. La ley del revólver.       | 32. La fuga del prisionero.     |
| 16. El Grupo del rancho K.     | 33. La caballería en llamas.    |
| 17. Los falsificadores.        |                                 |

*De venta en todas las quincenas y puestos de periódicos. Colección: usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.*

**LAS GRANDES OBRAS MODERNAS -** Publicación periódica

Calle de Londres, 188 - BARCELONA

Talleres gráficos VEGGHL - Rocafort, 225. - Barcelona